

Naturalia urbana



Procuraduría Ambiental y del Ordenamiento
Territorial de la Ciudad de México



PAOT

Naturalia urbana



Fedro Carlos Guillén

Naturalia urbana



PROCURADURÍA AMBIENTAL
Y DEL ORDENAMIENTO
TERRITORIAL DE LA CDMX

Naturalia Urbana
© Fedro Carlos Guillén



D. R. © Lectorum, S.A. de C.V., 2018
Batalla de Casa Blanca, Manzana 147 A, Lote 1621
Col. Leyes de Reforma, 3a. Sección
C. P. 09310, Ciudad de México
Tel. 5581 3202
www.lectorum.com.mx
ventas@lectorum.com.mx

Primera edición: octubre 2018

ISBN: 978-607-457-562-0

D. R. © Portada: Angélica Irene Carmona Bistráin
D. R. © Imagen de portada: Shutterstock®

Características tipográficas aseguradas conforme a la ley.
Prohibida la reproducción parcial o total sin autorización escrita
del editor.

Prólogo

Durante el siglo XIX se manifestó una corriente de investigación del mundo natural que se extendió por todo el mundo. Alexander von Humboldt, el gran naturalista alemán que calificó a lo que hoy es nuestro país como un “cuerno de la abundancia” al descubrir sus enormes recursos naturales, viajó por todo el mundo describiendo la flora, la fauna y la geografía de lugares remotos para los europeos como América y Asia. Charles Darwin circunnavegó el planeta en una goleta de la marina inglesa y a su paso encontró evidencias que se convirtieron en el germen de su teoría evolutiva. El galés Alfred Russel Wallace visitó el Amazonas recolectando una gran cantidad de especies, que desgraciadamente se perdieron en su viaje de regreso a Inglaterra cuando su barco se incendió, pero años más tarde viajó al Archipiélago Malayo donde recolectó más de 125 000 especímenes entre los que se encontraban 1000 especies desconocidas para los naturalistas occidentales.

Con estos antecedentes no es gratuito que cuando evocamos lo natural (que se ha transformado en lo ambiental) de inmediato nos remitamos a bosques y selvas, a laderas montañosas o a desiertos inclementes. Sin embargo, las transiciones demográficas de los siglos XX y XXI han determinado un poblamiento constante de las ciudades; en el año 2008 la población mundial que vive en ambientes urbanos superó a la población rural siguiendo una tendencia creciente. Este fenómeno nos ha obligado a repensar la relación que tiene la ciudad y el medio ambiente. Temas como el agua, las áreas verdes, la calidad del aire y los cambios de uso de suelo son cada vez mejor estudiados y cuentan con instituciones especializadas para su atención.

Escribí este libro pensando que todos estos procesos presentan cierta insuficiencia, las artes en general y la narrativa en particular siguen percibiendo a lo natural como algo que nada tiene que ver con las ciudades, normalmente los cuentos novelas o filmes que abordan la agenda ambiental la remiten siempre a condiciones silvestres y es ahí donde perci-

bo huecos por llenar. Prácticamente ningún ciudadano de la ciudad de México sabe que contamos con un suelo de conservación que representa más de la mitad de nuestro territorio y que nos presta un invaluable servicio ambiental. Muchos ignoran que los eucaliptos son una especie introducida que se ha convertido en una plaga urbana y se desconoce, en general, el gasto hídrico necesario para producir diversos bienes de consumo.

La ley establece que tenemos el derecho humano a un medio ambiente sano y sostengo, en compañía de Perogrullo, que un derecho que se ignora se vuelve invisible para aquel que lo posee. En este libro he procurado mezclar dos elementos que normalmente no se han asociado; la narrativa y el medio ambiente urbano; se trata de cuentos en los que los protagonistas se enfrentan a situaciones en las que las cuestiones ambientales están presentes. Se trata, pues, de un experimento en el que intenté contar algo interesante mediado por el eje transversal de la naturaleza en la ciudad. Un escritor teclea el punto final cuando se siente satisfecho de su trabajo, yo lo estoy; encontré un tono ligero que había extraviado. Sin embargo el mejor veredicto será el del potencial lector de este trabajo que busca estimular el interés por dos de mis grandes pasiones; la literatura y el medio ambiente.

Sea pues.



El apóstol del árbol

Cuando Luis abrió la puerta se encontró con un joven de bigotito que le extendía un sobre en cuyo margen había un sello con el escudo nacional.

—Esta —le dijo— es una notificación de la Delegación Cuauhtémoc, que tenga usted buenas tardes.

La nota explicaba que los procesos de mantenimiento del cableado y liberación de líneas de la Comisión Federal de Electricidad, exigían que el árbol que se encontraba frente a la casa de Luis fuera derribado “a la brevedad posible” por lo que se le comunicaba que al día siguiente una cuadrilla de trabajadores de la Delegación se presentaría para cumplir ese cometido.

Entendió inmediatamente de qué se trataba; hacía ya algunos meses llegó su nueva vecina. Era una mujer espectacular, alta y bien formada que todas las mañanas caminaba con un par de perros de pacotilla que parecían el producto de un experimento científico fallido. Cuando Luis estaba planeando un acercamiento, se dio cuenta que el asunto no tenía destino porque la dama era amante de un alto funcionario que la visitaba todos los jueves entre estrépitos de guaruras y radio comunicadores. “El señor” era evidentemente eyaculador precoz ya que tardaba diez minutos y salía lleno de prisas acomodándose el bisoñé.

Un día la vecina se presentó en su hogar. Llevaba ese tipo de vestimenta de mujeres que se toman *selfies* en el gimnasio mientras ponen boca de pescado. Con muy malos modos explicó que el enorme fresno que crecía frente a la casa de Luis estorbaba una ventana desde la que se podía ver la ciudad, por lo que le pedía “por las buenas” que le tumbara la mitad del tronco.

La petición hizo latir la vena de la sien de Luis quien de plano se negó y recurrió a la mentira al explicar que el fresno lo había sembrado su abuelo en tiempos inmemoriales.

—Conste que se lo pedí por las buenas —dijo la muchacha mientras se alejaba entre contoneos.

Ahora la carta de la Delegación ponía las cosas claras. Luis, francamente preocupado, decidió pedir ayuda y telefonó a su amigo Nacho, un hombre al que consideraba, en la medida de lo posible, un experto en la solución de problemas bizarros. Alguna vez había esquivado el alcoholímetro fingiendo un limpio infarto.

—No pos si esta cabrón —dijo— pero no te preocupes algo se nos tiene que ocurrir, quédate tranquilo y déjame pensar. Lo primero es no dejar que esos cabrones corten el árbol, nos vemos mañana a primera hora.

Al día siguiente muy temprano se presentó un camión de la Delegación. El encargado le enseñó a Luis el permiso y luego instruyó a sus hombres para que comenzaran el trabajo. Cuando estaban prendiendo la motosierra llegó un coche negro rechinando llanta del que bajó Nacho vestido con un traje de oferta de Tacubaya y ondeando un teléfono celular en la mano.

—¡Párenle! —gritó con la energía del que manda— ¡párenle!, ¿quién es el encargado?

El responsable del derribo se adelantó y pidió una explicación. Nacho respondió:

—Soy el Licenciado Santacruz, abogado ambiental, y los exhorto (oír a Nacho decir “exhorto” era tan común como un oso polar en la Amazonia) a que detengan de inmediato los trabajos.

—¿Cómo que detengamos, si aquí traigo las órdenes por escrito? —se entercó el funcionario— ¡adelante muchachos!

—No me ha entendido usted —replicó Nacho, mientras Luis se empezaba a divertir— ¿Conoce usted la Ley de Salvaguarda del Patrimonio Urbanístico Arquitectónico del Distrito Federal?

El encargado parpadeó y lo miró como se mira a una esfinge.

—Bien —continuó Nacho— permítame leer los siguientes artículos que declaran un régimen de protección para diversas especies de árboles.

Engoló la voz y leyó con parsimonia:

Artículo 14.- Los monumentos urbanísticos, según sus características, pueden ser:

I.- Individuos vegetales, arbóreas, arbustivas, herbáceas o cubresuelos;

II.- Esculturas ornamentales y conmemorativas; y

III.- Elementos de mobiliario urbano o tipologías de los mismos.

Artículo 15.- Serán considerados monumentos urbanos del Distrito Federal:

I.- Las especies de ahuehuetes *Taxodium mucronatum*, sauces *Salix humboldtiana*, ahuejotes *Salix bonplandiana*, fresnos *Fraxinus undhei*, cedros *Cupressus lindleyi*...

—Usted seguramente sabe que este es un fresno y en consecuencia se encuentra protegido, así que le sugiero se retire.

El empleado entornó los ojos acostumbrado a estas reacciones, tomó su celular, hizo una llamada mientras Luis grababa todo. Finalmente colgó y con gesto de fastidio ordenó:

—¡Vámonos! —y el camión se fue de allí.

—Muy bien —dijo Nacho— ya estuvo. Ahora lo importante es meterle presión al pendejete ese. Porque estos son empleados pero estoy seguro que van a volver Mira, habla a este teléfono y pregunta por César, que debe estar de guardia en el periódico, dile que le hablas de mi parte, que venga para acá porque hay una nota buenísima, yo mientras voy a comprar unas esposas.

—¿Unas esposas?

—Unas esposas.

Cuando Nacho regresó ya Luis había hecho la llamada: “vamos para allá” le dijeron. Nacho llevó a su amigo hasta el pradito y le explicó el plan:

—Mira, vamos a usar estas esposas para encadenarte al árbol, van a venir del periódico y te van a tomar fotos, tú les tienes que decir que estás llevando a cabo una lucha por preservar nuestros recursos, una batalla contra los excesos de la modernidad, entra en tu papel, así muy Stanislavsky ¿va? Cuando regresen los de la Delegación que no han de tardar, se van a encontrar con esto ya muy movido ¿estamos?

—No jodas Nacho, como que esposado, no mames.

—¿Quieres tu árbol sí o no? —preguntó Nacho.

—No pues sí.

—Bueno entonces a chingarse.

Con un gesto sombrío Luis colocó una rueda de las esposas en su muñeca derecha y el otro extremo lo fijó a una de las ramas del fresno. Nacho le puso un sarape como el de la huelga de hambre de Salinas y esperaron pacientemente. Media hora, más tarde y de manera simultánea, llegaron los empleados de la Delegación y César con un fotógrafo que, obedeciendo a su instinto profesional, comenzó a trabajar. Esta vez los trabajadores venían dirigidos por un hombre con aspecto de animal y lentes oscuros que a gritos ordenó la preparación de la maniobra. Cuando vio a Luis encadenado dijo:

—¿Y usted hijo de la chingada? que carajos hace allí, ¡hágase a un lado que vamos a tumbar el árbol!

Luis sintiéndose la reencarnación de Miguel Ángel de Quevedo repuso desafiante:

—¡Antes me matan que dejarlos terminar con la obra de nuestra naturaleza. No tienen ustedes derecho a alterar el equilibrio ecológico de nuestro planeta! ¡perros fascistas!

Nacho casi aplaudió.

El animal, a pesar de emitir un ligero sobresalto tras la alusión canina, se encogió de hombros y ordenó:

—Sáquenme a esta vieja histérica del árbol ¡rápido!

No bien los empleados habían detenido a Luis para sujetear la rama a la que estaba unido, César se aproximó al jefe con una grabadora y le preguntó:

—Señor, señor, ¿nos podría explicar por qué cortan el árbol, y por qué están maltratando al joven? ¿Se puede usted identificar?

La expresión del capataz se descompuso y se compuso en una décima de segundo, sin hacer caso de las preguntas se dirigió a la camioneta, habló unos segundos por el aparato de radio y el prodigio ocurrió; por segunda vez en el día, se abandonó el intento de tirar el árbol. Cuando la camioneta se fue, Nacho salió de la casa, despidió a César y se dirigió hacia Luis encadenado.

—Ora si ya estuvo dijo esos bueyes no vuelven, César va a sacar todo mañana y te vas a volver el héroe ambiental que esta pinche ciudad anda buscando... suerte que no fuera eucalipto.

—No te entiendo.

—No importa, luego te explico.

—Muy bien —dijo Luis— ahora sácame de aquí.

Nacho no se movió

—¡Que me saques de aquí!

—Fíjate que he pensado que para darle más fuerza a tu demanda te deberías quedar allí toda la noche, así cuando mañana lleguen las señoras ecologistas te van a encontrar medio muerto de frío y valorarán más tu extraordinario sacrificio.

—¡Nachooo!

—Bueno, bueno, no te me pongas así, era una broma, tus nuevas cualidades te ponen susceptible.

Nacho liberó a Luis, ambos siguieron un mismo impulso y se dirigieron a casa de la vecina, tocaron la puerta. Ella misma abrió.

—Buenas noches señorita —dijo Nacho— sólo queríamos informarle que si usted tiene problemas para ver la ciudad por ese molesto árbol, gustosamente le extiendo el teléfono de Home Depot donde hay ofertas de escaleras, ha sido un...

El portazo descuadró el marco. Nacho se encogió de hombros y se dirigió a su coche. Se fue sin despedirse. Cuando el auto se había alejado Luis se dio cuenta que de su muñeca pendía una esposa huérfana y la llave se despedía a cincuenta kilómetros por hora.



Exóticas

Hay una película de 1970, se llama "Patton". George C. Scott personifica a un militar norteamericano que combatió en la segunda guerra mundial y trataba a la tropa como Atila el Huno a sus enemigos. Scott, ganó un Óscar que rechazó con malos modos y luego se murió. Pero me estoy desviando; quizá en el minuto diez de la película se aprecia una toma aérea en la que aparecen unos niños jugando una especie de burro turco. Uno de ellos lo intenta y se queda atorado en el lomo de su amigo en posición de decúbito prono, ni para delante ni para atrás...es la sensación que me dejó el asunto de los eucaliptos.

Empecemos por el principio; estaba yo un día sentado sin hacerle daño a nadie cuando sonó el teléfono. Se trataba de una compañera de estudios que me ofrecía trabajo como un alto funcionario ambiental de esos con celular y camionetota. Dada mi condición de pelagatos acepté entusiasmado y agradecido y una mañana de diciembre tomé posesión de mi cargo. Entre mis tareas se contaba la de revisar el estado del arbolado de la ciudad de México y tratar de mejorar sus condiciones que, por cierto, no eran óptimas. La gente idiota tendía a pensar que encalarlos servía para algo, los ambulantes los utilizaban como sostén de sus tenderetes y los empresarios mandaban mochar las copas para liberar la visión de sus anuncios de bikinis y desodorantes.

Lleno del entusiasmo que produce una nueva tarea me rodeé de colaboradores que paliaran mi ineptitud y nos juntamos alrededor de una meseta para trazar la ruta crítica. Lo primero que se propuso fue la generación de un inventario de áreas verdes urbanas que tomó algunos meses, dado su carácter satelital. En este momento hay que advertir que si uno no hace cosas en el primer día de su mandato le empiezan a mentar la madre lo que genera potenciales crisis nerviosas. Julia, mi mujer, me veía llegar con un humor de los mil demonios con el celular pegado a las sienes.

—Te estás quedando calvo —me dijo.

Finalmente Rosita, que pese a su nombre de septuagenaria era una colaboradora ejemplar, presentó los resultados que mostraban un limpio Waterloo ambiental. Los planeadores de la ciudad nunca entendieron que la cuenca necesitaba árboles resistentes, de preferencia nativos de la zona, con raíces no muy profundas ni crecimiento desmedido. El apóstol del árbol don Miguel Ángel de Quevedo con la mejor de las intenciones trajo de Australia eucaliptos (por cierto, las especies introducidas se llaman “exóticas”) para desecar la cuenca porque demandan mucha agua y también para formar barreras contra las tolvaneras que venían del Lago de Texcoco. Este buen hombre, ahora avenida de la ciudad, ignoraba que los eucaliptos son alelopáticos, es decir, emiten sustancias que inhiben el crecimiento de otras especies por lo que para todo fin práctico se pueden considerar una plaga. El veredicto de Rosita fue devastador:

—Hay 9 millones en la ciudad y todos tienen más de 40 años, edad en la que aumenta el riesgo de que caigan: En temporada de lluvias el 90% de árboles caídos son eucaliptos que desbaratan coches en el mejor de los casos —dijo con vehemencia.

Para colmo de males entró de Estados Unidos una plaga conocida como “conchuela” que atacaba específicamente a los eucaliptos y los debilitaba aún más aumentando exponencialmente el riesgo.

Mi calvicie aumentaba.

Como el general Patton decidimos tomar una ruta crítica; reorientamos la producción de los viveros de la ciudad con un catálogo que nos dio la Comisión de Biodiversidad y decidimos un plan de erradicación de eucaliptos con una meta de 30 años. Era un asunto canijo ya que cada retiro de un árbol cuesta como dos mil pesos y para variar no había presupuesto por lo que Rosita sugirió que una compañía papelera se hiciera cargo de los retiros, utilizara la pulpa residual para sus productos y además le pagara a la ciudad una cuota por metro cúbico.

“Un plan perfecto” exclamó mi legendaria ingenuidad.

Arrancamos el programa con bastante éxito. Nuestros viveros reorientados proveían planta adecuada, la madera de los eucaliptos en lugar de ser basura se convertía en papel, la

ciudad no pagaba los costos y en cambio cobraba por la madera retirada, era como un cuento de hadas de política pública hasta que se nos apareció “Chucky”.

—Está afuera la señora la señora Cocó Monteros de Espinoza —anunció mi secretaria una mañana de verano.

—¿Cocó? ¿Cómo que Cocó?

—Pues así dijo que se llama

—¿Y para qué asunto nos busca Cocó?

—Dice que es Presidenta de las damas voluntarias de las Lomas

—Dioss.

—Pues eso dice.

—Está bien, que pase.

Cuando apareció Cocó, entendí a cabalidad cómo se inspiran los guionistas de películas de terror; se trataba de una señora madura maquillada como para una sesión de kabuki. Una falda hasta la rodilla y la piel de un animal que sospeché mamífero sobre sus hombros. Traía un sombrero con pluma tropical.

Imaginé, siguiendo nuevamente, la ruta de mi ingenuidad, que sería divertido. Nada más equivocado. Con voz de señorita victoriana la señorita Cocó (o Chucky con propósitos narrativos) me dijo:

—Mire licenciado (“licenciado” es la muletilla más utilizada en mi país), lo que ustedes están haciendo es un crimen. Están talando árboles, seguramente para un negocio pero es una vergüenza ¿no ve cómo está la ciudad? ¿no vee?

Yo que no veía nada intenté explicarle:

—No me interrumpa ¡majadero! Estoy aquí para advertirle que no nos vamos a quedar así y usted o suspende su negocio o verá quiénes somos. Buenas tardes.

Me dejó hablando solo y salió dando un portazo. No lo tomé en serio y le comenté a Rosita que encogió los hombros y dijo: “vieja loca”

Hasta ahí las cosas hasta que me llegó un oficio firmado por la Presidenta de la Comisión de Medio Ambiente de la Asamblea de Representantes en el que me citaba a comparecer para explicarle el programa a los vecinos de Las Lomas que “mostraban algunas inquietudes”.

Nos preparamos con la misma pulcritud que los norteamericanos para el desembarco en Normandía; recabamos datos, testimonios de expertos y cartas satelitales, por lo que llegamos con la confianza del que tiene la razón, misma que se fue al demonio en el momento que Rosita me dio un codazo al llegar y señaló en dirección al gran portón de la Asamblea:

—Mira.

Observé en la dirección que me indicaba y me encontré con una turba que portaba pancartas en las que había fotografías de árboles derribados, señalamientos de ecocidio y una foto mía ¡una foto mía! Cuya leyenda hubiera sido graciosa de no ser porque el hombre de escaso pelo al que le colgaban un cartel de “Se busca por asesinato ambiental”... era yo.

El aspecto de los quejosos era variopinto aunque se apreciaba un denominador común; era evidente que no eran veteranos de la lucha social y que entendían poco lo que hacían ahí. Pasamos entre empujones y llegamos a una sala de juntas en la que nos esperaba la señora Presidenta con cara de fastidio, Chucky, que miraba fijamente, un grupo de señoras, que también miraban fijamente y un jovenazo de piochita muy parecida a la de José Revueltas, que nos fue presentado como “el experto ecologista” aunque después de que intervino me di cuenta que si había terminado el primer semestre de la carrera de biología el logro académico podría explicarse como un prodigio del azar.

Aquello no tenía destino alguno, era como explicarle a una pared de frontón que la tierra es redonda. El “experto” hizo favor de explicar que los árboles capturan carbono, una anciana cantó a capela “mi árbol y yo” y unos niños nos regalaron a Rosita y a mí unas macetas con plantas de un olor indescriptible.

Me sentía en una película de Fellini.

Intentamos explicar que el retiro era gradual, que los eucaliptos estaban plagados y constituían un riesgo, que las especies para reforestar eran mucho más indicadas y que nadie había establecido un negocio con la venta de la madera...fue como hablarle a un monolito de la isla de Pascua.

Salimos de ahí bastante vapuleados y nos dirigimos a la oficina para reagrupar fuerzas. Mi secretaria, por aquello de las dudas y siguiendo mis indicaciones había mandado

comprar *El arte de la guerra* de Sun Tzu. A la mañana siguiente mientras yo leía: “Como se dice comúnmente, sé rápido como el trueno que retumba antes de que hayas podido taparte los oídos, veloz como el relámpago que relumbra antes de haber podido pestañear”, entró mi secretaria e hizo favor de informarme que afuera se encontraba la “Comisión para hacer un recorrido”.

Chucky también había leído *El arte de la guerra*.

Salí con Rosita sin entender nada y me encontré nuevamente con una turba en la que había una diputada del Partido Verde, la señora Chucky, que seguía mirando fijamente, un grupo de periodistas, el joven de piochita y un grupo de damas voluntarias que parecían extraídas de un reunión de Caballeros de Colón si tan noble institución admitiera damas en su gremio.

—¿Cuál recorrido? —pregunté muy extrañado.

—La diputada dice que usted ofreció llevarnos a un recorrido por las zonas de derribo.

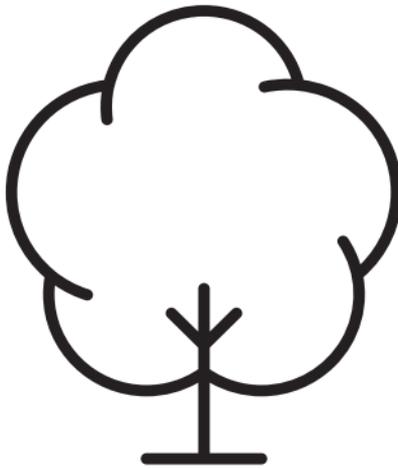
Valoré mis posibilidades, la diputada mentía, los periodistas esperaban atentos el de piochita se rascaba la cabeza. Calculé que llevarlos a una zona en la que encontrarían tocones y no procesos de reforestación sería suicida por lo que inspirado en mi maestro Sun Tzu me negué en toda la línea:

—Yo no ofrecí ningún recorrido.

Con el paso de los días fue siendo claro que mi capacidad estratégica era —lo diré elegantemente— insuficiente. La cronología de los hechos fue la siguiente:

Las damas voluntarias se ataron un árbol, recordé un incidente de alguien que se había esposado, esa vez con razón, a un fresno. Los periodistas publicaron que yo seguramente ocultaba algo. El Partido Verde me hizo favor de demandarme penalmente y mi sobre ordenada, es decir mi jefa, me puso una felpa que sólo he vuelto a verle a Bruno Ganz, regañando oficiales nazis en “La caída”. Eran tiempos electorales así que me llegó la instrucción de que suspendiera el programa hasta que se calmaran las aguas que, como se sabe, nunca se calmaron. Eventualmente la Presidenta de la Comisión de Medio Ambiente llegó a mi trabajo y su primera decisión fue despedirme.

Han pasado los años, ya no tengo chofer, ni secretaria, ni a Rosita. La demanda penal fue desestimada por “notoriamente improcedente” y francamente soy más feliz aunque no un buen hombre. Cada que veo que el cielo se encapota dirijo mi mirada hacia el poniente de la ciudad y elevo mis ruegos a Sun Tzu para que un eucalipto de treinta metros caiga sobre el tejado de Chucky y le imparta la lección de que con las especies no se juega, mucho menos cuando son exóticas.



La otra cara de la ciudad

Recibí con entusiasmo la noticia de que se trataba de llevar a unas finlandesas a Xochimilco; inmediatamente me remonté a las películas de Lando Buzzanca y las fantasías más elementales sobre el liberalismo sexual nórdico. Se trataba de un grupo de estudio que iba a analizar el “suelo de conservación del sur de la ciudad de México” lo que me dejó *in albis* pero le resté importancia. Me puse mis mejores galas de montaña, esto es, unos tenis, cachucha y pantalones caquis y esperé ansioso a que llegaran a casa porque nos íbamos en el coche de mi padre. Sonó el timbre, era Mario, me dijo que las güeras ya venían para acá con Fernando y que él pedía a Katja.

Entendí la naturaleza democrática de la elección en el momento que llegaron; nunca he visto algo más disparejo en mi vida: parecían opciones de Starbucks; Katja (la “Venti”) era una diosa escandinava, con senos portentosos de estatua griega, mientras que Pálvi y Inari (las opciones “largo” y “alto”) parecían las gemelas del diablo, nomás que chapeadas. Llevaban unos vestidos yucatecos enormes y transparentes. Como no hablaban español ni nosotros finlandés, se entabló un dialogo notable en inglés. Yo les pregunté si les gustaba México y me contestaron que su favorito era García Márquez, etcétera.

Ni Fernando ni yo estábamos dispuestos a ceder a Katja, por lo que se estableció un breve forcejeo a la hora de asignar los lugares en el coche. Cuando finalmente nos acomodamos y quise salir del garaje, noté que el auto estaba medio frenado y se negaba a caminar. Volví a meter reversa y di un acelerón que provocó la voladura de la tubería, ya que la manguera atornillada a la toma de agua se había atorado en el espejo retrovisor. La cantidad de agua que empezó a salir era escandalosa. Las finlandesas se bajaron e iniciaron una sesión fotográfica, nosotros intentamos todo: pusimos trapos, silicón y nada; el agua seguía saliendo. Hubo que hablarle a un plomero que llegó en su volkswagen, analizó el problema, sacó de la maleta un tapón de corcho, lo clavó en la toma y dijo:

—Listo joven, son cien pesos.

Con un humor negro, nos fuimos a Xochimilco. Todo el camino Mario trató de que Katja le enseñara cómo se decía “coito” en finlandés. Al llegar nos trepamos todos a una trajinera que se llamaba “Mariquita” y nos lanzamos a los canales de agua hedionda completamente resignados a nuestra suerte.

Las chicas lo estaban pasando muy bien y tomaban fotos de todo. Inari me decía algo que yo interpretaba como: “En Finlandia nos gusta mucho la papaya”, Fernando le explicaba a Pálvi que el señor que llevaba la trajinera no era azteca y el miserable de Mario, mientras tanto, se había recargado en los senos de Katja y no decía ni pío.

Pronto se emparejó otra embarcación con un grupo de mariachis patético; el trompetista, un gordo que venía borracho, ofreció sus servicios y las nórdicas batieron palmas, sacaron sus pinches cámaras y empezaron a retratar a los “charros” que daban pena nomás de verlos. El cuerpo musical inició títubeante el “Son de la negra” y nosotros nos sentamos en una mesa de madera despostillada para comer tacos de carnitas, probablemente el gesto más aventurero de toda la expedición.

Bien mirado, el asunto tenía un toque surrealista, ya que el grupo en su conjunto era digno de un cuadro de Rembrandt (siempre y cuando Rembrandt hubiera sido afecto a la inhalación de volátiles): tres finlandesas, dos de ellas primas de la mamá del muerto, una hermosísima, tres mexicanos libidinosos, un señor con una garrocha que impulsaba la embarcación, una nube de mariachis en estado de ebriedad y una mesa llena de carne con moscas en la que se apreciaba, nítida, la nariz de un puerco.

Al terminar el recorrido emprendimos rumbo a Tláhuac donde nos esperaba el guía, un hombre con aspecto de ejidatario que las chicas habían contactado a través de la UNAM. Don Fidel —que así se llamaba— nos trepó en una pick up y se adentró por una vereda tomando monte arriba hasta que llegamos a un bosque desde el que se veía la ciudad. Nos internamos durante un par de horas a pie y de pronto, cuando llegamos a un claro, pasó volando encima de Fernando algo que consideramos un pterodáctilo, pegamos un grito que hoy me avergüenza mientras el resto del grupo estallaba en carcajadas. Don Fidel dijo:

—Es un búho real muchachos, no se preocupen, aunque es raro verlos a estas horas porque son nocturnos.

—¿A poco seguimos en la ciudad de México? —preguntó Mario recuperando el resuello.

—En el mero corazón —repuso el guía. Probablemente no lo sepan pero el 58% del área de la ciudad de México es suelo de conservación, ni más ni menos que 88 mil hectáreas; ejidos, pastizales, bosques, zonas alpinas y lacustres. Ustedes que vienen del suelo urbano seguramente ignoran que la ciudad sobrevive gracias a los servicios ambientales que estas zonas le brindan, como la captura de Carbono y la recarga de los mantos acuíferos, el control de la erosión y la regulación del clima. En estas zonas se siembran nopales, maíz y hay bichos como el tlaconete, el teporingo, la zorra gris, un montón de culebras y sapos y búhos como el que les metió un susto.

El hombre de piel curtida manejaba su discurso como un estudiante ejemplar:

—Les parecerá sorprendente saber que en el suelo de la conservación de la ciudad de México habita el 2% de la biodiversidad mundial y 12% de la nacional...

Katja después de enormes esfuerzos en aquella Babel surrealista me hizo preguntarle al guía si había alguna amenaza. El hombre asintió de inmediato y repuso con cierta exaltación:

—Por supuesto, las invasiones, las chingadas invasiones. Cada año, los desarrolladores, siempre con la complacencia de autoridades corruptas, invaden el suelo para ofrecer vivienda eliminando pastizales, milpas y bosques. Yo siempre he vivido acá y créanme muchachos, veo el Ajusco y dan ganas de llorar. Es como dispararse en el pie.

Tomábamos notas ya que nuestro papel en el viaje (que para mí tenía propósitos bíblicos) era el de traducir todo y explicarle a las finlandesas voladoras.

El bosque era tupido y se empezaba a ir la luz así que después de las explicaciones del guía decidimos que era un buen momento para regresar, volteamos en todas direcciones...

Fidel no estaba.

Nadie se alarmó ya que supusimos que estaría aliviando la vejiga muy cerca de nosotros, así que esperamos un rato pero nada, el hombre no aparecía. Nos miramos sonriendo

nerviosamente hasta que Mario tomó la iniciativa de emprender la búsqueda, pasamos por un manantial que no habíamos visto en la subida y justo en una de sus orillas se encontraba el guía en el suelo completamente desmadejado. Respiraba entrecortadamente y se llevaba las manos al pecho, no emitía palabra. Un ataque cardíaco sin duda. Nadie tenía la menor idea de qué hacer, los celulares sin señal y nuestra educación urbanita sólo nos proveía de técnicas de resucitación aprendidas en alguna clase perdida de biología. Decidimos que Fernando y yo bajaríamos por auxilio y nos pusimos en marcha asumiendo que la ruta descendente era la indicada. No contábamos con lo tupido del bosque y la creciente pérdida de luz. De pronto ya no supimos hacia donde movernos e iniciamos un diálogo desmoralizante:

—¿Qué hacemos?

—Ni idea —respondí.

—Pues yo creo que no deberíamos movernos hasta que amanezca, ya viste que por acá está plagado de animales.

—¿Y el guía?

—Poco podemos hacer, no me veo ni la mano. ¿Traes encendedor?

—Se lo quedó Mario.

—No, pues valió madre, va a hacer frío y ni modo que hagamos fuego con dos palitos ¿has visto el *Discovery*?

—A veces ¿por?

—Sueltan a dos bueyes en algún lugar y tienen que sobrevivir, lo primero que hacen es buscar un refugio.

—¿Y cómo le hacen?

—Pues buscan lianas y hojas grandes.

—...

—Olvidalo, prende la lámpara de tu cel y busquemos un claro.

Encontramos a pocos metros un terreno más o menos plano cubierto con las varitas esas que se les caen a los árboles, picaban un poco pero eventualmente uno se acostumbraba. Nos recostamos en silencio.

Fue una noche excepcional. Se escuchaban toda clase de ruidos de animales que no sabíamos que existían, en la madrugada un enorme insecto se posó en un brazo de Fernando, quien pegó un grito que alborotó todo el bosque. Los árboles se

mecían lentamente con el viento y sus sombras se proyectaban en el suelo simulando un ejército silencioso. Yo pensaba en lo increíble que era estar perdido en un bosque rodeado de plantas y animales en plena ciudad de México. No pegamos ojo y apenas asomó el primer rayo de sol continuamos nuestro descenso hasta que finalmente llegamos a un ejido y explicamos la situación a un campesino. Asintió y nos envió con su hijo a un lugar llamado Comisión de Recursos Naturales, donde encontramos a Mario y las finlandesas tomando café. Cuando nos vieron corrieron a abrazarnos. Fue mi único contacto físico con Katja.

Nos explicaron que el guía se había sentido mejor y con la ayuda de los cuatro logró llegar a la camioneta y utilizó la radio para pedir ayuda. Cuando se dieron cuenta que no habíamos llegado mandaron una cuadrilla de rescate que había salido un par de horas antes.

La experiencia nos dejó una anécdota de tertulia, un romance fallido y la conciencia de que esta ciudad, nuestra ciudad, tiene otra cara que más valdría conocer mejor.



Darwin y yo

Estudiar biología fue una decisión cargada de incertidumbre, en preparatoria veía lleno de envidia a mis compañeros que declaraban con la seguridad de un iluminado: “seré arquitecto” o “ingeniero de caminos”. Yo en cambio, me encontraba en una especie de limbo intelectual en el que lo único que disfrutaba era leer, pero admitámoslo, nadie vive de eso.

—¿Quién vive de la biología? —preguntó mi padre con lógica sistemática cuando le anuncié mi decisión.

Si hubiera tenido una buena respuesta, la hubiera ofrecido pero no era el caso, me encogí de hombros y dejé al autor de mis días con la sensación de que había fracasado como padre.

Por supuesto era raro que un urbanita como yo se interesara en la naturaleza; nací en una colonia de clase media en la que lo más cercano al mundo salvaje era un gitano famélico que llevaba un oso negro con bozal al que hacía bailar al ritmo de un pandero por las calles de Narvarte.

El caso es que ahí estaba yo, sentado frente a un pizarrón en el que se me explicaba la diferencia entre las criptógamas y las fanerógamas o las rutas evolutivas de los cetáceos mientras me aburría mortalmente ante el enciclopedismo escolar de mis épocas de estudiante. Finalmente un tema llamó mi atención ya que me hizo ver justamente la profunda relación que existe entre los procesos urbanos y sus consecuencias naturales: el cambio climático. Aprendí lo que tenía que aprender sobre la creciente emisión de los gases de efecto invernadero y el aumento gradual de temperatura que, a pesar de parecer insignificante (o cíclico como afirmaban algunos) tendría efectos dramáticos y probablemente catastróficos en el mundo entero.

Me interesaban las aves así que me dirigí al laboratorio de etología y busqué un asesor proponiéndole estudiar el tema del calentamiento y su efecto en la alimentación de las aves marinas. El doctor Durey me recibió amablemente aunque tenía fama de poseer un carácter similar al de Atila el Huno. Él trabajaba el tema del siblicidio en los bobos de

patas azules en la Isla Isabel en Nayarit, un fenómeno a través del cual los padres producen dos y hasta tres huevos pero con pausas entre cada puesta por lo que las crías son de diferente tamaño. En condiciones de abundancia las tres crías salen adelante pero cuando viene la escasez los padres permiten indiferentes que la cría mayor expulse del nido a sus hermanos e inclusive los mate a picotazos. La explicación que me dio Durey era sencilla; es mejor en términos evolutivos llevar una cría adelante que dejar morir a tres. El tema me interesó y es así como empecé mi trabajo buscando correlación entre las temperaturas marinas, la abundancia de alimento y las tasas de siblicidio en estos pajarracos.

—¿Y eso para qué sirve? —inquiría el pragmatismo de mi padre.

—Es complicado, resulta que las emisiones de quema de combustibles y procesos industriales, la liberación animal de metano, la deforestación y otros factores contribuyen al incremento gradual de la temperatura lo que determina cambios climáticos como sequías o alteraciones de las corrientes marinas. Si esto ocurre la abundancia de alimento se puede modificar. Recuerda que las especies se controlan entre sí. Si no hubiera leones, las cebras serían plaga. Si los peces escasean las aves mueren y esto puede traer consecuencias en nuestras cadenas productivas. ¿Entiendes?

Mi padre encogió los hombros y dijo algo que todavía le agradezco porque evidentemente era una mentira piadosa.

—Qué interesante.

Bien, este preámbulo basta para darle contexto a mi encuentro con Charles Darwin, el naturalista inglés que a mediados del siglo XIX propuso la teoría de la evolución. Para entender la importancia de las ideas de Darwin baste saber lo que dijo alguna vez el genetista ruso Theodosius Dobzhansky: “nada hace sentido en la biología si no es a la luz de la teoría de la evolución”. Mi amigo Parra, que es escritor, un día me dijo con tono didáctico: “si tienes una historia, cuéntala, pero no omitas detalles, son importantes. A veces el escritor asume que un potencial lector le sigue el juego, que adivina sus patrones de pensamiento y ése es un error descomunal, hay que narrar sin atajos”. Es lo que me he propuesto hoy al contar la historia de Darwin, pero al ver los resultados creo

que no ha salido bien... en fin.

La historia de la botella comenzó durante una de las salidas que hacíamos a Nayarit José Luis Osorno y yo, ya convertidos en docentes de un curso que no vale la pena recordar. Como parte de las prácticas, llevábamos (“arreábamos”, es el término correcto) cada año a nuestros alumnos a la Isabel, una isleta de dos kilómetros cuadrados frente a la costa nayarita. Nos transportaba una lancha de la armada que esloraba a babor. El capitán, un gordo que se sentía Ahab (o Gregory Peck, de acuerdo al imaginario cinematográfico), convencido de que nuestro trabajo no servía para nada, se burlaba a la primera oportunidad: “Biólogos cuenta patas”, decía mientras fumaba una pipa muy mamona. Nosotros nos reíamos pero por dentro le mentábamos la madre.

La claridad intelectual de los estudiantes que asistían a la práctica era desigual: algunos eran lúcidos como Einstein, otros de plano muy pendejos. Uno de ellos el primer día de clase nos dijo que se había inscrito en la materia porque “pertenecía al signo cáncer”. Lo juro.

Nuestras prácticas consistían en registrar el robo de alimento que las fragatas hacían sobre los bobos, unas aves ligeramente estúpidas que anidaban en la isla. Todas las tardes nos dirigíamos a unos riscos y desde allí observábamos el resultado de la interacción, que luego se anotaba en unas hojas especiales, las cuales, por cierto, desaparecieron en el viaje de regreso. Todas nuestras sospechas se dirigieron sobre el Guasón, un alumno que fue bautizado de esa manera porque en San Blas salió a las doce del día con un traje de arlequín diseñado por la misma persona que hace los dibujos del reverso de los naipes de pókar. La temperatura en ese momento era de cuarenta grados a la sombra. El Guasón era un patán que escondió cervezas en el viaje de ida, se robó una lámpara y muy probablemente tiró los datos al mar para evitarse el trabajo de analizarlos.

Una noche José Luis se fue con los pescadores a buscar langostas, cuando regresó en la noche venía muy próximo a un coma etílico. Gritaba que los alumnos lo iban a llevar al tribunal universitario y repetía lo mucho que me quería. Se tragó medio kilo de pescado cuyo destino final no relataré por una mera cuestión de estética literaria.

Para estabilizarlo, lo llevé a una playita cercana a que respirara la brisa marina. Ahí estábamos: él borracho y yo mentando madres, cuando observé algo que brillaba entre las olas. Era una botella muy rara que contenía (¿podía ser otra cosa?) un rollo de papel. Pensé que era la broma de un gringo mamón, sin embargo, la abrí lleno de curiosidad.

Me costó un huevo.

José Luis estaba en Júpiter preparando su defensa ante el tribunal universitario, así que lo dejé reposando en la arena y abrí el rollo de papel. Parecía muy viejo y estaba escrito en inglés. La tinta se había corrido un poco por el efecto del agua que había entrado en la botella, pero la letra era legible aunque muy desordenada. Me quedé estupefacto. Estaba fechada el 30 de septiembre de 1835 desde la isla San Cristóbal, en las Galápagos, y la firmaba Charles Robert Darwin.

Las sienes me latían, estaba seguro de que era falsa y sin embargo las sienes me latían.

La carta, palabras más palabras menos, daba cuenta de algunos detalles acerca de la fauna de las islas y de una enfermedad que aquejaba a Darwin. El final era notable; decía que estaba harto del viaje y del capitán Fitzroy y que daría su brazo derecho por regresar a Inglaterra. En el párrafo final se anunciaba (muchísima atención) que, después de analizar las evidencias de la isla, tenía la convicción de que las especies no eran inmutables.

Naturalmente se me fue el resuello. Darwin había publicado su teoría a fines de 1859, es decir casi veinticinco años después de la fecha que aparecía en la carta. Comencé a valorar la idea de que la misiva en realidad fuera de Charles. Lo imaginaba con su barbotita (aunque en ese tiempo no la tenía, pero ni modo, no lo podía imaginar de otra manera) escribiendo en el pedazo de papel y arrojando la botella al mar, tal vez para garantizar la paternidad de su teoría sin tener que enfrentarse al juicio de sus contemporáneos ya que, como se sabe, era un genio timorato.

Devolví la carta a la botella y después de tapanla nuevamente la puse sobre la arena. Acto fatal, ya que al instante mi fortuna dio una vuelta de tuerca (me gusta, vuelta de tuerca): una ola asesina (Tsunami, la llaman los japoneses) me revolcó como cacahuete, se llevó la botella y para mi enorme desven-

tura financiera, una potencial subasta de cien mil dólares en Shotebys... Darwin regresó al mar.

Volví con José Luis, que comenzaba a recobrar la lucidez.

—Nunca me lo vas a creer —le dije.

Por supuesto, no lo hizo, ni lo hará. De hecho, víctima de su enorme falta de sensibilidad, he adquirido cierto prestigio como un mitómano badulaque.

Una carta de corrientes marinas me indica que la botella en este instante debe estar llegando a las playas de Oregon, donde seguramente será recuperada por alguno de esos maniáticos que disfrutan nadar a cuatro grados bajo cero. Que así sea. La subasta será para él, pero la verdad será solamente mía.



Dos de hidrógeno

Dos certezas tenía María sobre el agua; la primera es que es un líquido que se compone de dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno, la segunda era más elemental; al darle vuelta al grifo en lugar de un chorro cristalino se escuchó una especie de jadeo, salió un polvito y luego nada. Lo primero que pensó es que sería algo pasajero por alguna obra en reparación así que salió a la calle para buscar una cuadrilla de trabajadores pero nada, entonces llamó a su vecina quien le informó algo que la alarmó; ella sí tenía agua.

María fue a buscar los recibos y sus sienas latieron más de prisa; faltaba el del mes de mayo y al revisar su buzón encontró una notificación de corte por falta de pago. ¿Cómo era eso posible? Vivía sola hace ya un par de años después de una ruptura apocalíptica con su pareja al que descubrió en un romance clandestino con su secretaria. Hizo memoria y recordó que el mes faltante ella había tenido que viajar a Guadalajara para asistir al festival de cine. María era productora y el documental que presentaban entraba dentro de los filmes en concurso. Fueron días divertidos en compañía de sus amigos que agotaron las reservas de los alambiques tapatíos. La sorpresa vino cuando ganaron el premio “Mayahuel” a mejor documental iberoamericano y los festejos se triplicaron.

El pago se lo había encargado a su hermana Eugenia, lo cual era evidentemente un error que ahora se confirmaba. “Euge”—como la conocían todos— tenía la capacidad de concentración de un caracol de jardín. Alguna vez había puesto a hervir agua en un recipiente de plástico que provocó un modesto incendio. En otra ocasión se dirigió al aeropuerto de Gatwick en lugar de llegar a Heathrow, que era de donde salía su vuelo. En fin, María llamó a su hermana por teléfono y le preguntó por el pago del agua:

—¿Cuál pago? —fue la desmoralizante respuesta que lo aclaraba todo.

Entonces empezó a dimensionar su situación. Usar el baño, lavarse y todos los menesteres asociados a abrir la llave se habían esfumado gracias a Euge. Lo primero que se le

ocurrió fue ir con un par de cubetas a casa de su vecina quien amablemente le permitió llenarlas aunque le advirtió:

—Mija, eso no te va a servir de nada. A mí ya me paso una vez y se tardan años en restablecerte el servicio. Pide una pipa en lo que lo arreglas.

Se sentía como una refugiada de guerra pero hizo caso, le informaron que los diez mil litros en una pipa costarían mil seiscientos pesos. El problema es que no tenía la menor idea si ello era mucho o poco ni la forma en que el agua se almacenaría pero ante la contingencia hizo el pedido y esperó mientras veía las cubetas amarillas.

Una hora después se presentaron los de la compañía, era un camión enorme y le preguntaron por el tinaco. María, digna hermana de Euge, no sabía dónde estaba pero finalmente lo hallaron. El agua se descargó, hizo el pago y suspiró: la primera parte estaba resuelta. Se dirigió a las oficinas del Sistema de Aguas y encontró que estaban cerradas por lo que regresó a su casa y se lavó los dientes con cautela; acababa de adquirir la austeridad de alguien que vive en tiempos de guerra.

Al día siguiente y después de bañarse literalmente a jicarazos, se presentó en un módulo del centro comercial más cercano. La noticia fue contundente, para pagar reconexiones era necesario acudir a las oficinas centrales por lo que ahí se dirigió. Al llegar encontró un panorama nada prometedor; eran por lo menos tres docenas de personas que esperaban, la mayor parte de ellos ancianos con sus recibos en la mano. Se maldijo por no haber llevado uno de los guiones que estaba revisando, tomó una ficha y se sentó a esperar. Pronto advirtió que el tiempo de atención por persona era superior a los diez minutos y ello se debía a que la gente no se conformaba con recibir la información y las instrucciones para arreglar su asunto. Prácticamente todos preguntaban tres veces lo mismo o alegaban que no era su culpa el retraso, que aquello era un robo y que pagaban sus impuestos. Aburridísima tomó un folleto que parecía anodino y contenía notabilidades; cada persona en la ciudad de México consume en promedio 320 litros al día y ésta en su mayoría viene de la zona sur, un área llamada “suelo de conservación” que se deteriora día con día. También se enteró que vivía en una ciudad de morosos ya

que el 45% de los usuarios no pagan sus cuotas y que parte del agua se tiene que bombear 1 600 metros hasta alcanzar la altura urbana en una ruta de 120 kilómetros por medio del sistema Cutzamala. El dato que más llamó su atención fue el del “agua virtual” es decir, la cantidad de agua que se utiliza para la manufactura de algún producto o servicio. Se llevó una enorme sorpresa cuando leyó que para obtener un kilo de carne se requieren 16 000 litros de agua y que un vaso de cerveza requiere de 50 a 80 litros mientras que un litro de leche 1 000 litros. Quedó bastante asombrada.

Cuando finalmente le llegó su turno un par de horas después, se presentó con su recibo, el empleado parpadeó y le pidió una copia de su identificación. María extrajo su credencial de elector y la entregó.

—Usted no es la dueña de la casa?

María negó con la cabeza.

—Uyyy pues entonces va a estar difícil porque para re-
instalarle necesitamos la identificación del dueño o dueña.

Acostumbrada a los misteriosos caminos de la burocracia nacional María decidió ni siquiera alegar. Su tía, la dueña, vivía en Guadalajara por lo que preguntó si podía presentar una copia y, como lo esperaba, el empleado negó con un gesto que parecía ensayado por milenios.

Salió ligeramente vapuleada, buscó el teléfono de la hermana de su padre y le explicó el problema.

—Ayyy mijita, qué lío, fíjate que perdí mi INE y lo único que tengo para identificarme es mi pasaporte pero ahí no viene la dirección. ¿Será necesaria?

María contó hasta diez, le dijo a su tía que le avisaría de inmediato, regresó a la oficina y contra todo pronóstico le indicaron que no era necesaria la dirección y se lo informó a Elvira por medio de otra llamada. Acordaron que enviaría el pasaporte por un servicio de mensajería con carácter de urgente.

La productora entró a un restaurante, el sol caía a plomo y pidió un vaso con agua. Cuando vio el líquido entendió que la experiencia lo había resignificado y lo bebió con avidez.

Los dos días siguientes fueron una limpia emulación de una película surrealista de Buñuel; María conoció la tienda de lavado en seco, recicló el agua, llevó su cepillo de dientes

al baño de las fondas en las que comía para evitar lavar trastes y con ello una plaga de hormigas. Regó sus macetas con goteo y sus baños de quince minutos se redujeron a su mínima expresión mientras tomaba la ruta del tinaco para hacer un inventario de sus existencias hídricas.

Cuando finalmente llegó el pasaporte María enfiló con un gesto de Juana de Arco hacia las oficinas del Sistema de Aguas y sacó la documentación correspondiente. Esta vez había llevado una novela “El último encuentro” de Sándor Márai, que le estaba pareciendo magnífica, por lo que la espera fue mucho más llevadera, aunque decidió llevarse un folleto con toda la información que desconocía acerca del agua y las complejidades de su abasto.

La atendió el mismo empleado:

—¿Otra vez por aquí señorita?

María respondió con una sonrisa a medias, después de todo el hombre no hacía las reglas y la única responsable era Eugenia y si se forzaba el argumento ella misma por confiar en su hermana.

—Todo parece estar en orden ¿vive sola?

La productora titubeó desconfiada.

—Se lo pregunto porque si es así su consumo es muy alto y eso puede deberse a que tiene una fuga. Si es así le recomendamos cambiar la tubería, traer fotografías de su reparación y una factura de su costo. Con eso le podemos hacer una bonificación.

—Lo haré —respondió la joven— ¿Cuánto tarda en restablecerse el servicio?

—Entre tres y cinco días hábiles.

—¿Cómo?

—Los del sindicato establecieron en su contrato colectivo que no se les puede comprometer a una hora y día fijos por si hay eventualidades. Así que ése es el plazo señorita.

—¿Ni siquiera puedo saber si llegan en la mañana o en la tarde?

—Ni siquiera, lo siento.

Esta vez María se atrincheró en su hogar, era una especie de Penélope esperando no a Ulises sino a un par de técnicos hidráulicos. Llamó a su oficina para explicar el problema y se volvió sensible al ruido de cualquier motor que pasara por

enfrente de su casa. Un día que salió a comer con la fugacidad de un rayo, encontró a su regreso un papel en el que se le informaba que la habían visitado para restablecer el servicio y que volverían luego. El “luego” provocó en María algo cercano a una embolia y decidió no volver a salir de su casa y vivir como una asceta.

La tarde del día siguiente la visitó Eugenia, llevaba una pequeña maceta en prueba de contrición.

—¿Y cómo la voy a regar —fue la pregunta irónica de María.

—Ya sé que metí la pata pero nunca pensé que se armaría un lío así. Por eso para mi déficit de atención contrato a alguien que se hace cargo de todos los pagos.

—Claramente no de los míos hermana. Pero bueno, lo hecho, hecho está. Ahora a esperar. No te creas ha sido una experiencia interesante, no tenía idea del lío que es el agua, ni de cómo se desperdicia, mucho menos de la vida de náufrago que lleva una sin ella.

—Pues esperemos entonces ¿una partidita de scrabble?

En el momento en que las hermanas discutían acerca de si “porompompero” era o no una palabra legítima en el idioma español sonó el timbre. Se trataba de los técnicos, una par de individuos que parecían una réplica tropical de El gordo y El flaco. Fueron recibidos como los huicholes reciben las lluvias.

—Disculpen que no les ofrezca un vasito con agua —se excusó María.

El gordo, parpadeó un instante y luego emitió una carcajada descomunal.

—Así hay que tomar estas cosas, con buen humor.

Los técnicos procedieron a quitar unos alambres, sacaron un aparato extrañísimo y calcularon el tiempo en que se llenaba y finalmente le dijeron a María que su servicio estaba restablecido pero que, en efecto, había una fuga y era necesario repararla si quería pagar menos. Ella les dio una generosa propina y corrió al primer grifo posible y lo abrió con cautela de ladrón. El agua brotó en un chorro ligeramente turbio que rápidamente se aclaró. El abrazo que le dio a Eugenia sólo era comparable al de la victoria en el Festival de Cine de Guadalajara.

A pesar de la reparación, María había cambiado. Sus hábitos de consumo eran otros y congruente con ello decidió llamar al señor Palestina.

Moisés Palestina —el nombre le venía de ser jardineiro de unos monjes luteranos— era un personaje único. Fumador sempiterno, alcohólico de mediana escala con el pelo siempre alborotado que portaba un gabán azul, independientemente de la temperatura ambiental. Él se encargaba de las talachas diversas en la casa de María, mismas que cumplía a traspíes pero normalmente de manera eficaz. La productora lo veía como a un tío entrañable y confiaba en él plenamente. Le explicó el problema de la fuga y se fue a trabajar mientras él se rascaba la cabeza. A su regreso encontró a Palestina en medio de un gran charco de agua, fumando un cigarro y tomando una cerveza.

—Sí hay fuga, declaró sonriendo.

Tres días le tomó a Palestina restablecer el desastre mientras María le tomaba fotos al proceso como una corresponsal de guerra. Al final, cuando todo quedó arreglado la joven le pidió una factura. Palestina se rascó la cabeza y le indicó que él no tenía facturas pero que le podía conseguir una. A los tres días volvió con un papel de “Casa Ayala” una empresa que servía banquetes en el que se indicaba que habían realizado servicios de plomería. María la aceptó a sabiendas de que era una causa perdida, le pagó a Moisés y regresó con las fotos y la factura al Sistema de Aguas donde se siguen riendo del documento, mismo que enmarcaron como prueba ejemplar de lo que no es aceptable.

Sin embargo, no todo fueron derrotas. La experiencia le permitió a la productora presentar una carpeta sobre un documental acerca del cuidado del agua a la Fundación Gonzalo Río que aprobó un presupuesto de cuatro millones de pesos para el financiamiento, cuando María exultante le contó a su hermana sobre el éxito de sus gestiones, Eugenia le dio un beso y sonriente dijo:

—Y todo gracias a mí.



Florita

—Traigan a Florita —fue mi petición de náufrago moribundo.

El doctor Orellana asintió mientras acariciaba su barba blanca de viejo sabio.

Llegué al hospital en un momento muy confuso de mi vida, separado y viviendo solo, a trompicones de culpa y ansiedad. Una noche bebí de más y me acosté entre temblores y fibrilaciones. Desperté y me refugié en el baño, probablemente la peor noche de mi vida, mi garganta se dañó y perdí la voz de manera irremediable. Por la mañana me encontró Susana, la mujer que hacía las tareas domésticas en mi hogar y gritó del puro susto. Alarmada llamó a mi pareja ¿o ex pareja? que había dejado la casa unas semanas antes y a la media hora llegó Georgina, con voz de mando y anticipando mi negativa dijo:

—Nos vamos al doctor ahorita mismo.

Obedecí de inmediato. No estaba yo para alegar ni mucho menos descartar la ayuda de la mujer que amaba. Lo que pasó después fue una comedia de errores porque como necesitábamos un diagnóstico y era viernes santo a Georgina se le ocurrió ir a una de esas farmacias de pacotilla donde te diagnostica un señor tan confiable como Nostradamus. Por fortuna no estaba y entonces me llevó al hospital xxx donde nos recibió una señorita circunspecta que cambió de inmediato su talante cuando supo que tenía yo un seguro médico.

Me recibió el doctor Orellana. Si alguna vez las enciclopedias decidieran poner una fotografía debajo de la entrada “médico” sería la de este hombre; Orellana con su límpida bata y el estetoscopio colgante era un hombre de unos setenta años con lentes de pasta y barba y bigotes que descendía por debajo de una enorme nariz de ave rapaz. El pelo blanco y ligeramente largo intelectualizaba su aspecto. Me produjo de inmediato simpatía. En el momento que le daba la mano lo vomité de forma convulsiva.

Me llevaron a una sala en la que, después de limpiarme, me pusieron una bata anómala. Era de lana con motivos azules y tenía una abertura vertebral que permitía ver mis nalgas

sin que me quedara claro la razón de tal diseño. Luego procedieron a acostarme y registrar signos vitales; presión, pulso y temperatura. Acto seguido tomaron una placa y decidieron junto con Georgina -ellos no sabían que se había ido de la casa- que me tendría que quedar para evitar complicaciones... ahí empezó el calvario.

En pleno viernes santo.

Me llevaron a un cuarto en silla de ruedas y entonces me percaté que el hospital xxx era un cuchitril; en la cabecera un cuadro de palmeras borrachas de sol enmarcaba mi convalecencia. El sofá que enfrentaba la cama era de un material sintético muy similar al de una llanta de tractor y el baño una desgracia, con regadera de cortina y excusado que desaguaba imperfectamente. Posteriormente introdujeron una aguja en mi antebrazo derecho y a través de ella me conectaron a una máquina que proveía suero, potasio, analgésicos, antibióticos y un moretón que me duró un mes.

Entonces llego Rossy.

—¿Cómo nos sentimos hoy don Alberto? —inquirió muy sonriente.

Como nos sentíamos de la chingada nomás hice un gesto y elevé los ojos al cielo ya que nadie le explicó a Rossy que estaba mudo y que no me llamaba “Alberto”.

Me puso una especie de pinza en el índice y me pidió la “manita” y que hiciera una “arañita” con ella, ignorando, seguramente también, que tengo 57 años.

Georgina se ofreció a pasar la noche conmigo y en un gesto que jamás olvidaré, a llevarme el pato, lo que me dejó pensando si yo hubiera hecho lo mismo por ella y en consecuencia si el amor se puede medir de esa manera.

La primera noche no pegué uno ojo, la pantalla de televisión del hospital xxx era de 19 pulgadas por lo que a la distancia no sabía si lo que se proyectaba era un partido de fútbol o una película rusa. Exactamente a la una de la mañana un perro, al que imaginé de treinta centímetros empezó a ladrar compulsivamente. Llamé a Rossy y le pregunté. Su respuesta fue notable:

—Es de los vecinos y no podemos hacer nada.

Yo creo que ya estaba yo mal porque hice que despertaran a mi hija, que hacía guardia, y le dije que llamara a la

Procuraduría Ambiental y de Ordenamiento Territorial para reportar al perro por ruido. Me miró como se mira a un loco, me acarició la frente y regresó a dormir.

Por la mañana llegó Orellana, se veía preocupado y llevaba una carpeta de la que saco un legajo de papeles que me mostró como si yo entendiera algo.

—Sus exámenes no son concluyentes, amigo mío. Tiene bajos los glóbulos blancos, está deficiente en potasio y su sangre tiene menos contenido de oxígeno que la media. Además vimos algo de fibra en sus pulmones. Podría ser una enfermedad pulmonar obstructiva, pero no me aseguro a un diagnóstico. Voy a tener que sacarle sangre arterial, es un proceso doloroso, se lo advierto.

Si no lo hubiera advertido, probablemente le habría hendido las costillas de una patada ya que el dolor, en efecto, era insoportable y con él, entré a mi segunda noche en esa mazmorra.

Georgina era una especie de diplomático que mediaba entre Rossy y sus “manitas” y el monstruo en que me estaba convirtiendo. Orellana seguía indagando sin éxito hasta que decidí resolverlo todo:

—Traigan a Florita.

Le expliqué a Orellana que Florita fue mi nana cuando niño, que venía de la Sierra de Ixtlán y que alguna vez la vi curar a mi tía Remigia con unas yerbas que metió en una gran olla para luego darle a beber una infusión que la reanimó.

El doctor Orellana, en lugar de sentirse agraviado, me explicó didácticamente:

—Durante muchos años nuestros ancestros observaron la naturaleza. A los animales y su comportamiento, también recolectaron plantas y a través de procesos empíricos, descubrieron sus cualidades y sus riesgos. La herbolaria es una disciplina profundamente respetable. En Tlatelolco en el siglo XVI Juan de la Cruz hizo uno de los manuales de herbolaria más completos que luego fue traducido por Juan Badiano y llevado a Europa. En 1990 Juan Pablo II lo devolvió al gobierno mexicano y lo notable fue que muchos investigadores cotejaron el Códice y encontraron que eran correctas muchas de las propiedades curativas ahí descritas.

Pese a mi malestar Orellana había captado mi atención. Le pregunté:

—¿Y ¿por qué la enorme desconfianza a los yerberos?

Orellana asintió:

—Dos son las razones, la primera es que, en efecto, el campo permite un hueco para que la charlatanería se pueda colar. Pero quizá el más relevante se debe a la enorme brecha que se ha abierto entre lo urbano, que es visto como algo moderno, y lo natural, percibido ahora como el atraso. Es por ello que ustedes asistieron a un hospital y no a un mercado, cosa que celebro, pero la verdad es que estoy abierto a todo tipo de opiniones y me distancio de la arrogancia de mis colegas médicos que, se lo digo aquí en confianza, son bastante mamones. Que venga Florita, pues.

Cuando vi a mi vieja nana estuve a punto de llorar cosa que ella hizo en el momento que vio mi aspecto. Estaba vieja, la cara morena llena de surcos y la sonrisa entrañable de siempre. Le presenté a Georgina quien le dio un fuerte abrazo, algo sabía de ella a través de mis crónicas de infancia. Orellana le preguntó a Florita acerca de lo que necesitaba y ella pidió un paño, un recipiente con agua y que saliéramos de la habitación.

Recorrió todo mi cuerpo con una mano sobre la otra, sus ojos cerrados delataban concentración y después de varios minutos se dio por satisfecha y salió de la habitación sin decir nada. Entró Orellana y me explicó:

—Fue a comprar lo que necesita junto con su señora.

—¿Le parece que está bien doctor?

Inclinó los hombros:

—No tengo problema alguno. Creo, como le decía, que a veces pensamos que distanciarnos de nuestro pasado natural y refugiarnos en urbes asépticas nos hace más modernos y felices. No estoy seguro de que así sea y sí en cambio de que tenemos que integrar conocimientos, tender puentes y no muros.

Pensé brevemente en Trump. Orellana continuó:

—Nada se pierde con probar.

Llegó Florita, en la enfermería le habían ayudado a preparar lo que requería, traía un vaso de precipitados con una mezcla de color café que me ofreció para tomarla. Sentía la

tensión, Orellana, Georgina, Rossy y la propia Florita observaban muy atentos como me llevaba el líquido a la boca mientras lo tragaba lentamente...

Sabía a mierda.

Creo que estuve un día sin recobrar el conocimiento, cuando abrí los ojos mi mujer ¿ex mujer? me miraba sonriente mientras me tomaba de la mano.

—Cuando delirabas dijiste que te llamabas Atahualpa Yupanqui.

Orellana me explicó que, si bien al principio se habían alarmado porque me desmayé casi de inmediato, después de probar la bebida preparada por Florita se habían tranquilizado pues mis signos se estabilizaron y 24 horas después se habían restablecido y los indicadores se encontraban en un estado normal.

—¿Qué me dio Florita? —le pregunté al doctor Orellana mientras me despedía de él.

—No tengo la menor idea, aunque le he pedido sus datos porque tengo muchísimo interés en publicar esta experiencia en los Anales de la Escuela de Medicina. Fue un gusto conocerle.

Me apretó las manos y se fue.

Georgina y yo volvimos a vivir juntos, Florita se quedó unos días con nosotros hasta que se hartó y regresó a su tierra. Una tarde recibimos una revista con porte pagado. Se trataba de los Anales, el artículo de Orellana se llamaba. “Una experiencia herbolaria...¿es la alopatía la única solución?”.

No tuve más remedio que sonreír.



Índice

<u>Prólogo</u>	7
<u>El apóstol del árbol</u>	9
<u>Exóticas</u>	14
<u>La otra cara de la ciudad</u>	20
<u>Darwin y yo</u>	25
<u>Dos de hidrógeno</u>	30
<u>Florita</u>	37

ISBN: 978-607-457-562-0



9 786074 575620